

RINCONETE
Y
CORTADILLO.

NOVELA

DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

EDICION ILUSTRADA

bajo la direccion de D. V. Castelló



MADRID,
IMPRENTA Y ESTABLECIMIENTO DE GRABADO DE LOS SS. GONZALEZ Y CASTELLO.
CALLE DE HORTALEZA, N. 89
—
1846.

DE DON RAMON
DE MESONERO.

HEMEROTECA MUNICIPAL
DE MADRID

RINCONETE
Y GORTADILLO.



RINCONETE
Y
CORTADILLO.

NOVELA

DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

EDICION ILUSTRADA

bajo la direccion de D. V. Castelló



MADRID,
IMPRENTA Y ESTABLECIMIENTO DE GRABADO DE LOS SS. GONZALEZ Y CASTELLO.
CALLE DE HORTALEZA, N. 89
1846.

Ayuntamiento de Madrid

RINCONETE

CORTADILLO.

NOVELA

DE MIGUEL DE CERVANTES SAavedra.

LIBRERIA DE D. V. CORTADILLO

Segunda edición de D. V. Cortadillo

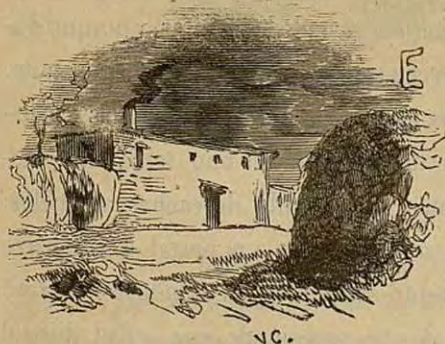
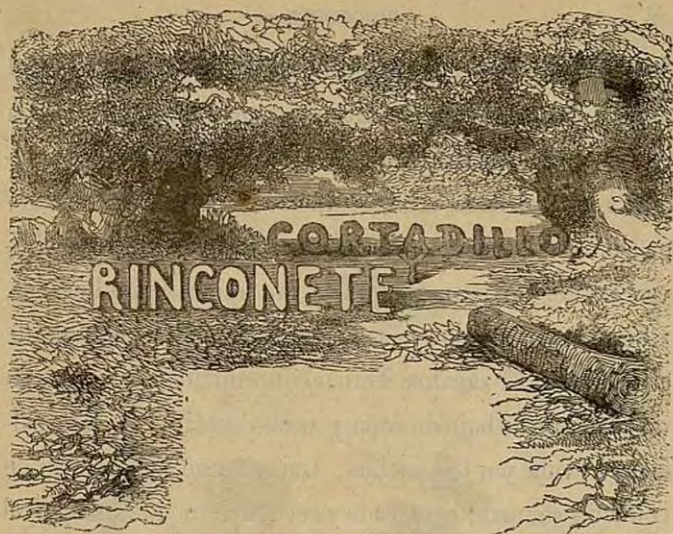


MADRID.

IMPRESA Y DISTRIBUCION DE CORTADILLO EN LOS SE. CORREAS Y CARRILES

CALLE DE MADRID, N. 12

1848



En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un

día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso

dos muchachos de edad hasta de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos y maltratados: capa no la tenían: los calzones eran de lienzo, las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargatas, tan traídas como llevadas, y los del otro picados y sin suelas, que mas le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno montera, el otro un mal sombrero, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida en una manga: el otro venía escueto, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que á lo que despues pareció, era un cuello de los que llaman valonas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas; venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se le habían gastado las puntas, y porque durasen mas se las cercenaron y los dejaron de aquel talle.

Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no limpias. El uno tenía una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas: salieron los dos á sestar en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace; y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de mas edad dijo al mas pequeño: ¿de qué tierra es vuestra merced, señor

gentil-hombre, y para dónde bueno camina? Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para



dónde camino tampoco. Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuestra merced del cielo, y que este no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante. Así es, respondió el mediano, pero yo

he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella mas de un padre, que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como alnado: el camino que llevo es á la ventura; y allí le daria fin donde hallase quien me diese lo necesario para poder pasar esta vida. ¿Y sabe vuestra merced algun oficio? preguntó el grande; y el menor respondió: no sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente. Todo eso es bueno, útil y provechoso, dijo el grande, porque habrá sacristan que le dé á vuestra merced la ofrenda de Todos Santos, porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento. No es mi corte de esa manera, respondió el menor, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que como vuestra merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas, y córtolas tan bien, que en verdad que me podria examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo eso y mas acontece por los buenos, respondió el grande, y siempre he oido decir, que las buenas habilidades son las mas perdidas; pero aun edad tiene vuestra merced para enmendar su ventura; mas si yo no me engaño, y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuestra merced secre-

tas, y no las quiere manifestar. Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuestra merced há muy bien apuntado. A lo cual replicó el grande: pues yo le sé decir que soy uno de los mas secretos mozos que en gran parte se puedan hallar; y para obligar á vuestra merced que descubra su pecho, y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mio primero; porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser deste hasta el último dia de nuestra vida verdaderos amigos.

Yo, señor hidalgo, soy natural de Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan; mi nombre es Pedro del Rincon, mi padre es hombre de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada, quiero decir que es bulero, como los llama el vulgo. Algunos dias le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera que no daria ventaja en echar las bulas al que mas presumiese en ello; pero habiéndome un dia aficionado mas al dinero de las bulas, que á las mismas bulas, me abracé con un talego, y dí conmigo en Madrid; donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dejé con mas dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenia á cargo el dinero trás mí, prendiéronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad se contenta-

ron con que me arrimasen al aldabilla, y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterra-



do por cuatro años de la corte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo; salí á cumplir mi destierro, con tanta priesa que no tuve lugar de buscar cabalgaduras: tomé mis alhajas las que pude, y las que me parecieron mas necesarias, y entre ellas saqué estos nai-

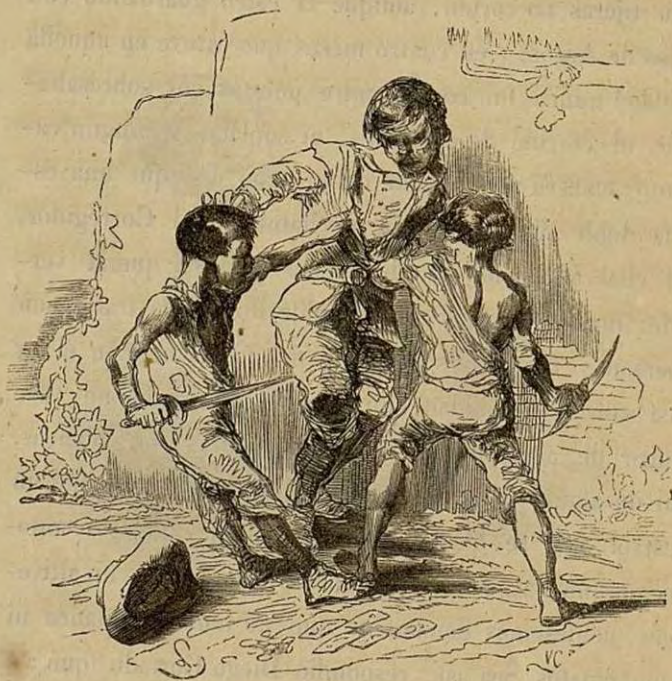
pes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traia), con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando á la veintiuna; y aunque vuestra merced los vé tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un ás debajo; y si vuestra merced es versado en este juego, verá cuanta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un ás á la primera carta, que le puede servir de un punto, y de once, que con esta ventaja siendo la veintiuna envidada, el dinero se queda en casa. Fuera desto aprendí de un cocinero de un cierto Embajador ciertas tretas de quinolas, y del parar, á quien tambien llaman el andaboba; que así como vuestra merced se puede examinar en el corte de sus antiparas, así puedo ser yo maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato, y desto hemos de hacer luego la esperiencia los dos; armemos la red, y veamos si cae algun pájaro destos arrieros que aquí hay, quiero decir, que jugaremos los dos á la veintiuna, como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia. Sea en buen hora, dijo el otro, y en merced muy grande tengo la que vuestra merced me ha hecho en darme

cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mia, que diciéndola mas breve, es esta.



Yo nací en el Pedroso lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campó: mi padre es sastre; enseñóme su oficio, y de corte de tijera, con mi buen ingenio salté á cortar bolsas: enfadóme la vida estrecha del aldea, y el desamorado trato de mi madrastra: dejé mi pueblo, vi-

ne á Toledo á ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida que mis dedos no visiten, ni mis tijeras no corten, aunque la esten guardando con ojos de Argos; y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado, ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto; bien es verdad, que habrá ocho días que una espía doble dió noticia de mi habilidad al Corregidor, el cual aficionado á mis buenas partes, queria verme; mas yo que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él; y así salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme con cabalgaduras, ni blancas, ni de algun coche de retorno, ó por lo menos de un carro. Eso se borre, dijo Rincon, y pues nos conocemos no hay para qué aquesas grandezas, ni altiveces, confesemos llanamente que no teniamos blanca ni aun zapatos. Sea así, respondió Diego Cortado (que así dijo el menor que se llamaba), y pues nuestra amistad, como vuestra merced, señor Rincon, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias; y levantándose Diego Cortado abrazó á Rincon, y Rincon á él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos á jugar á la veintiuna con los referidos naipes,



limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia, y á pocas manos alzaba tan bien por el ás Cortado como Rincon su maestro. Salió en esto un arriero á refrescarse al portal y pidió queria hacer tercio: acogieronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedís, que fué darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres; y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero; mas ellos poniendo el uno mano á su media espada, y el otro al de cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros sin duda lo pasára muy mal.

A esta sazón pasaron á caso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestar á la venta del Alcalde, que está media legua mas adelante; los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron, y les dijeron, que si acaso iban á Sevilla, que se viniesen con ellos. Allá vamos, dijo Rincon, y serviremos á vuestas mercedes en todo cuanto nos mandaren: y sin mas detenerse saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y muy enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les habian estado oyendo su plática, sin que ellos advirtiesen en ello; y cuando dijo al arriero, que les habia oído decir que los naipes que traian eran

falsos, se pelaba las barbas, y quisiera ir á la venta trás ellos á cobrar su hacienda; porque decia que era grandísima afrenta, y caso de menos valer, que dos muchachos hubiesen engañado á un hombro tan grande como él: sus compañeros le detuvieron y le aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y grande simpleza. En fin, tales razones le dijeron que aunque no le consolaron le obligaron á quedarse.

En esto Cortado y Rincon se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo mas del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecian algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasion tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenian grande deseo de verse: con todo esto á la entrada de la ciudad, que fué á la oracion, y por la puerta de la aduana, á causa del registro y almojarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta, que á las ancas traía un francés de la camarada; y así con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecian patentemente las entrañas, y sutilmente sacó dos camisas buenas, un reló de sol y un librito de memorias, cosas que cuando las vieron, no les dieron mucho gusto; y pensando que pues el francés llevaba á las ancas aquella maleta, no la habia de haber ocupado con tan poco

peso, como era el que tenían aquellas preesas, y quisieran volver á darle otro tanto; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado menos, y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido antes que el salto hiciesen, de los que hasta allí los habían sustentado, y otro día vendieron las camisas en el mal baratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto se fueron á ver la ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia, el gran concurso de gente del río, por ser tiempo de flota, que había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y aun temer el día que sus culpas les habían de traer á morar en ella: echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla, que por allí andaban; informándose de uno de ellos, qué oficio era aquel, y si era de mucho trabajo, y de qué ganancia: un muchacho asturiano, que fué á quien le hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos días salía con cinco y con seis reales de ganancia, con que comía y bebía y triunfaba como cuerpo de Rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el mas mínimo bodegon de toda la ciudad.

No les pareció mal á los dos amigos la relacion

del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venia como de molde para poder usar el suyo



V. CATELLA

con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecia de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usarle, pues

lo podian usar sin exámen; y preguntándole al asturiano, qué habian de comprar, les respondió, que sendos costales pequeños, limpios ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartia la carne, pescado y fruta, y en el costal el pan; y él les guió donde lo vendian, y ellos del dinero de la galima del francés lo compraron todo, y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio, segun les ensayaban las esportillas, y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde habian de acudir: por las mañanas á la carniceria, y á la plaza de San Salvador; los dias de pescado á la pescaderia, y á la costanilla; todas las tardes al rio; los jueves á la feria. Toda esta licion tomaron bien de memoria, y otro dia de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas, vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas, y á todas respondian con gran discrecion y mesura.

En esto llegaron un medio estudiante y un soldado, y aficionados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecia estudiante llamó á Cortado, y el soldado á Rincon. En nombre de Dios, dijeron ambos, para bien se comience el oficio, dijo Rincon, que vues-



Ayuntamiento de Madrid

tra merced me estrena, señor mio. A lo cual respondió el soldado: la estrena no será mala porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora; pues cargue vuestra merced á su gusto que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza; y aun si fuera menester que ayude á guisarlo lo haré muy de buena voluntad. Contentóse el soldado de la buena gracia del mozo, y díjole que si queria servir que él le sacaria de aquel abatido oficio: á lo cual respondió Rincon, que por ser aquel dia el primero que le usaba no le queria dejar tan presto, hasta ver á lo menos lo que tenia de malo y bueno, y cuando no le contentase él daba su palabra de servirle antes á él que á un canónigo. Rióse el soldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese desde allí adelante, y él no tuviese necesidad cuando otra vez le enviase de acompañarle. Rincon prometió fidelidad y buen trato: dióle el soldado tres cuartos, y en un vuelo volvió á la plaza por no perder coyuntura; porque tambien de esta diligencia les advirtió el asturiano, y de que cuando llevasen pescado menudo, conviene á saber: albures, sardinas ó azedias, bien podian tomar algunas, y hacerlas la salva, siquiera para el gasto de aquel dia; pero que esto habia de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el

crédito que era lo que mas importaba en aquel ejercicio. Por presto que volvió Rincon, ya halló en el mismo puesto á Cortado. Llegóse Cortado á Rincon y preguntóle que como le habia ido, Rincon abrió la mano, y mostróle los tres cuartos: Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ámbar en los tiempos pasados, venia algo hinchada y dijo: con esta me pagó su reverencia del estudiante; y con dos cuartos mas, tomadla vos Rincon por lo que puede suceder; y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte: y viendo á Cortado le dijo si acaso habia visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro, en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedis en cuartos y en ochavos le faltaba; y que le dijese si la habia tomado en el entre tanto que con él habia andado comprando, á lo cual con estraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado: lo que yo sabré decir de esa bolsa es, que no debe de estar perdida, si ya no es que vuestra merced la puso á mal recaudo. Eso es ello pecador de mí; respondió el estudiante que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron. Lo mismo digo yo, dijo Cortado, pero para todo hay remedio sino es para la muerte; y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal tener paciencia, que de menos

nos hizo Dios, y un dia viene trás otro dia, y donde las dan las toman: y podria ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuesa merced sahutada. El sahumero le perdonáramos, respondió el estudiante, y Cortado prosiguió diciendo: cuanto mas, que cartas de descomunion hay, paulinas, y buena diligencia que es madre de la buena ventura; aunque á la verdad no quisiera yo ser el llevador de tal bolsa: porque si es, que vuesa merced tiene alguna orden sacra, pareceríame á mí que habia cometido algun grande incesto ó sacrilegio. Y como que ha cometido sacrilegio, dijo á esto el adolorido estudiante, que puesto que yo no soy sacerdote sino sacristan de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía, que me dió á cobrar un sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado y bendito: con su pan se lo coma, dijo Rincon á este punto, no le arriendo la ganancia, dia de juicio hay donde todo saldrá en la colada, y entonces se verá quien fué Callejas, y el atrevido que se atrevió á tomar, hurtar, y menoscabar el tercio de la capellanía. ¿Y cuánto renta cada año, dígame señor sacristan, por su vida? Renta la mala puta que me parió, respondió el sacristan: bonito estoy yo para dar cuenta de lo que renta la capellanía: sabeis algo, sino quedaos con Dios, que la voy á hacer pregonar. No me parece mal re-

medio ese, dijo Cortado; pero advierta vuestra merced que no se olviden las señas, y cuantidad del dinero que lle-



vaba dentro, porque si se yerra en un solo maravedí, no parecerá en días de Pios. No hay que temer de eso, dijo el

sacristan, que las tengo mas en la memoria, que el tocar las campanas. Sacó en esto de la faldriquera un pañizuelo randado, con el que se limpió el rostro, que corría de él mas sudor que destila una alquitara, con la pena de la negra bolsa; y apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo, y habiéndose ido el sacristan, le siguió y alcanzó en las gradas, y llamándolo lo retiró á otra parte, donde le dijo tantos disparates, y bernardinas (que llaman) acerca del hurto de la bolsa, dándole esperanzas de hallarla sin concluir razon alguna, que el pobre sacristan estaba embelesado escuchándolo, y haciéndole replicar la razon dos veces y tres, no entendiéndole ninguna, porque el bellaco de Cortado ninguna concluía, antes le estaba mirando á la cara atentamente no quitando los ojos de sus ojos, y el sacristan le miraba de la misma suerte, colgado de sus palabras: y en tanto con la mano izquierda sutilísimamente le sacó el pañizuelo, y concluida su obra, se despidió de él, diciéndole que á la tarde le viniese á buscar en el mismo puesto, porque él traía entre ojos un muchacho de su mismo oficio, que le parecia ser un poco ladron, y que podría ser que se la hubiese tomado. Consolado con esto el sacristan se despidió de él, y Cortado se vino donde estaba Rincon, que todo lo habia visto: algo apartado del, y un poco mas abajo estaba un mozo de la

esportilla, algo sarge y matrero, y que habia visto cuanto habia pasado, y vió como Cortado dió el pañuelo á Rincon; y llegándose á ellos les dijo así:

Díganme, señores galanes, ¿vuestras mercedes son de mala entrada ó no? No entendemos esa razon, señor galan, respondió Rincon. Que no entrevan señores murcios, replicó el otro. Ni somos de Tebas ni de Murcia dijo Cortado: si otra cosa quiere dígallo, si no váyase con Dios. No está malo el disimulo dijo el mozo; pero yo se lo daré á beber con una cuchara; quiero decir, señores, que si son vuestras mercedes ladrones: mas no sé para qué les pregunto esto que ya sé que lo son: mas diganme, ¿cómo no han ido vuestras mercedes á registrarse á la aduana del señor Monipodio? ¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galan? dijo Rincon. Sino se paga, replicó el mozo, á lo menos registranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su amparo, su abrigo, su defensor, su abogado, su tutor y su curador *ad litem*; y así les aconsejo que se vengán conmigo á darle la obediencia; donde no, no se atrevan á hurtar de aqui adelante sin su licencia que les costará caro. Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre de derechos y alcabala; y aun creo que por su franqueza lo aprendí, y si se paga es por junto dando por fiadores la garganta ó espaldas: pero pues así

es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el de esta; y así podrá vuestra merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que creo he oído decir que es



hombre principal y suficiente para el cargo. ¡Y como si es suficiente y principal, dijo el mozo, y tanto que vá para cuatro años que tomó el oficio, y en todos

ellos no han padecido sino cuatro en el *finibus terræ* y obra de veinte y ocho embezados, y setenta y dos de gurapas! En verdad, señor, dijo Rincon, que no entendemos esos nombres. Comencemos á andar, que yo se los iré declarando con otros algunos, que les conviene saber, como el pan de la boca. Sea en hora buena respondieron los dos amigos, y así se encaminaron donde el tercero los llevaba. El cual les dijo que el morir en *finibus terræ*, era morir en la horca, y *embezados* queria decir azotados, y *condenados á gurapas* era echados en galeras. Y así les fué declarando otros nombres, que entre ellos llaman jermanescos, ó de la jermania, y en el discurso de su plática que no fué poco porque el camino era largo, dijo Rincon á su guia: dígame vuestra merced, señor mio, ¿es por ventura vuestra merced ladron? Para servir á Dios, y á vuestra merced, respondió el mozo, aunque no de los muy cursados; porque todavia estoy en el año del noviciado. A lo cual respondió Cortado; cosa nueva es para mí, que haya ladrones para servir á Dios. A lo cual respondió el mozo: señores, yo no me meto en teologías; lo que sé decir es, que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y mas con la buena y santa órden que tiene dada el señor Monipodio á todos sus ahijados. Sin duda debe ser tan buena y santa como de-

cis; pues hace que los ladrones sirvan á Dios, dijo Rincon: ¡es tan santa, y tan buena, replicó el mozo, que no sé yo, si se puede mejorar en nuestra arte!

1.^a DEVOCION. El tiene ordenado primeramente, que de lo que hurtáremos demos alguna cosa para aceite de la lámpara de una imágen que está en cierta iglesia de esta ciudad, muy devota, y en verdad que hemos visto grandes milagros por esta buena obra; porque los dias pasados dieron dos ansias á un cuatrero, que habia murciado dos roznos, y con ser flaco y cuartanero, así los sufrió, como si fuera nada; y el no cantar se atribuyó á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir la primera estrena; y porque vuestras mercedes no me lo pregunten, sabrán que *cuatrero* es ladrón de bestias, y *ansias* es el tormento, y *roznos* asnos ó mulas, hablando con perdon.

2.^a Tenemos mas; que rezamos nuestro rosario repartido en todo la semana por sus tercias partes.

3.^a Y muchos de nosotros no hurtamos en sábado por honra de nuestra Señora.

4.^a Ni tenemos conversacion con muger que tenga nombre de María en dias de vienes.

No me parece mal todo eso, dijo Cortado; pero dígame, ¿hácese otra penitencia ó restitucion de lo que se hurta, mas de la dicha? Eso no, dijo el mozo, por-

que restituir lo que se hurta es imposible, por las muchas partes en que se divide, llevando cada uno de los ministros contrayentes la suya, por lo cual el primer hurtador no puede restituir nada: cuanto mas que no hay quien nos mande que lo restituyamos; lo uno, porque nunca nos confesamos, y lo otro, porque aunque saquen cartas de excomunion y paulinas, nunca llegan á nuestra noticia, porque nunca jamás vamos á misa á las iglesias, sino es á jubileos por la ganancia y provecho, que el concurso de la gente nos ofrece. ¿Y con todo eso dicen esos señores cofrades, que su vida es santa y buena? le dijo Cortado. Pues qué tiene, replicó el mozo; ¿no es peor ser hereje ó renegado, ó matador de su padre, ó ser solomico? Sodomito querrá decir vuestra merced, dijo Rincon: eso quiero decir. Todo eso es malo, dijo Cortado, pero lo otro tampoco es muy bueno; pero pues ya nuestra suerte ha querido que entremos en esta lista, alargue el paso vuestra merced que ya muero por verme con el señor Monipodio. Presto se cumplirá ese deseo, porque desde esta esquina se descubre su casa; vuestras mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia á los que ayer negociaron. Sea en buen hora, dijo Rincon; y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa, no de

muy buena, sino de muy mala apariencia, y quedándose los dos esperando, salió al punto, y llamólos, donde, y cuando en nombre de Dios entraron.

Halláronse todos tres, luego que entraron por la puerta de enmedio, en un muy pequeño patio, ladrilla-



do, limpísimo, porque estaba aljofifado, como dicen en Sevilla; á un lado del cual estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado, con un jarrillo encima, y al otro rincón una estera de enea, y en el medio un tiesto, ó maceta de albahaca de olor. Miraban los compañeros las alhajas de la casa; y en el entre tanto que

bajaba su dueño, entróse Rincon en una saleta baja de dos que tenia el patio, y vió en ella dos espadas de esesgrima, y colgados dos broqueles de corcho, un arca grande sin cubierta ni cerradura, y otras tres ó cuatro esteras de enea tendidas por el suelo. Miró por todas las paredes, y vió que frontero de la puerta estaba pegada en la pared con pan mascado una imagen de nuestra Señora, de estas de mala estampa de papel, con una lámpara de vidrio delante, ardiendo, y una esportilla de palma colgada de un clavo un poco mas abajo de la imagen. Parescióle á Rincon (como es la verdad) que debia servir de cepo donde se echaba la limosna del aceite. Estando en esto, entraron en la dicha casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y muy bien aderezados; de allí entraron otros dos de la esportilla, y un viejo, y sin hablar palabra se comenzaron todos á pasear por el patio. No tardó mucho, cuando entraron dos viejos vestidos de bayeta, con mucha gravedad, cada uno con sendos rosarios en la mano y sus anteojos, que los hacian mas graves. Luego entró una vieja gorda, chata, tetuda y barbuda, y sin decir nada á nadie se fué á la sala, y puesta de rodillas con grandísima devocion, se puso á rezar ante la imagen, y luego echó en la esportilla su limosna. En resolucion, antes que bajase Monipodio estaban en el patio mas de cator-



Ayuntamiento de Madrid

ce personas de diferentes sugetos y trajes esperándolo. Llegaron luego, casi de los postreros, dos bravos y bizarros mancebos, bigotes largos y engomados, sombreros de falda grande, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, con rapacejos de plata, espadas de mas de marca, y sus broqueles en la cinta, vueltos á las espaldas, con sendos pistoletos cada uno, puestos en lugar de dagas; los cuales, así como entraron, pusieron los ojos en Rincon y Cortado, estrañándolos, y luego se llegaron á ellos preguntándoles, si eran de la ligá. Rincon dijo: sí, y muy servidores de vuestras mercedes. Bajó en este punto Monipodio.

El cual era un hombre de hasta cuarenta años, alto de cuerpo, barbipeso, hundidos los ojos y cejjunto: venia en camisa, con unos zaragüelles anchos, muy blancos, y deshilados con pita, que llegaban hasta los tobillos sin cuello en la camisa, y cubierto con una gran capa de bayeta y un sombrero de viudo, y ceñida una espada muy ancha. Era muy moreno de rostro, y por la abertura de la camisa se le descubria en el pecho un bosque; ¡tanta era la espesura del vello que tenia en él! las manos eran cortas, carnudas y pelosas: los dedos anchos; chatas las narices, y algo torcidas ácia dentro: las piernas no se le parecian; pero los pies eran disformes de grandes, anchos y juanetudos; en efecto representaba un rús-



Ayuntamiento de Madrid

tico y disforme bárbaro. Bajó con él la guía de los dos modernos cofrades, y llegándose á ellos, los tomó por las manos, y los presentó ante Monipodio diciéndole: estos son los mancebos que á vuestra merced he dicho. Olvidábaseme decir, que así como bajó Monipodio, todos le hicieron brava cortesía, y muy bajas reverencias, excepto los dos bravos que estaban hablando en puridad á un rincón del patio: los cuales de través, y al desgaire le quitaron los sombreros. Paseábase Monipodio con mucha gravedad, y á cada vuelta que daba, hacia su pregunta á los dos novicios; primero les dijo: ¿de qué tierra son, galanes? Respondió Rincon: castellanos. El lugar pregunto, y si son ambos de una misma patria. De diferentes somos, respondió Cortado, y nuestros lugares son de tan poca cuenta, que si no es de importancia no hay para qué decirlos: y es cosa muy acertada, replicó Monipodio, porque si la suerte corriere no como debe, no quede asentado debajo de signo de escribano: fulano vecino de tal parte, é hijo de fulano y de fulana, le ahorcaron, le azotaron, le cortaron las orejas tal año y tal mes y tal día, como sentencia de Inquisicion; y así hijos míos, ni nombre de padre, ni de patria no hay para qué lo digais, y el propio aun se debe mudar. ¿Cómo se llaman? Yo Rincon; yo Cortado; respondieron los dos. Pues de aquí adelante, vos os llamad Rinconete, y vos

es llamareis Cortadillo, que son nombres que tienen de todo, y hacen buena consonancia con los que se usan en nuestra arte. Bien por mi vida, dijo uno de los bravos. Pero díganme, dijo Monipodio, ¿hay padres? En mi lugar, por ser tan pequeño, respondió Rincon, no hay monasterio alguno, y así no hay en él padres, sino es el cura. No digo esos padres, respondió Monipodio, sino los que os engendraron, y esto no lo pregunto sin misterio, porque tenemos de costumbre en mis ordenanzas de hacer bien por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores: por via de naufragio se dicen algunas misas, sacando el estipendio de lo que se garbea, y los bienhechores son el procurador que nos defiende, y saca con victoria; el corchete, ó engarrafador que nos avisa, cuando la justicia nos procura; el ayudante, que es cuando uno de nosotros vá huyendo de ella y le van dando caza, diciendo á voces: al ladron, se pone por medio, y detiene á los que nos siguen, diciendo: dejadle al miserable, que harta mala ventura se lleva: son tambien bienhechores las socorridas, que no nos desamparan en las cárceles, ni en las galeras; y con todos estos lo son nuestros padres y madres que nos echaron al mundo; por todos los cuales hacemos decir cada año su adversario en cierto hospital de esta ciudad, con la mayor devocion y pompa que podemos. Por cierto, dijo Rinconete,

Ayuntamiento de Madrid

que es obra digna de la invencion del altísimo y profundísimo entendimiento, que hemos oido decir que vuestra merced tiene: padres tenemos por ahora, y por nosotros no es necesario hacer gasto alguno: andando el tiempo podrá ser llegue á nuestra noticia que son muertos, y entonces le daremos á vuestra merced para que se les haga ese naufragio ó tormenta que dice: haráse sin falta, respondió Monipodio, ó no quedará de mí pedazo. Ven acá Ganchoso, que así se llamaba su guía, ¿estan puestas las postas por esas encrucijadas? Sí, dijo: tres centinelas estan avizorando, y no hay que tener miedo que nos cojan de sobresalto. Volviendo á nuestro propósito, díganme por su vida, ¿á qué suerte de habilidad se acomodan mas; ó qué manera de ejercicio quieren tomar; y qué ocupacion saben de mas provecho? que despues yo les diré lo que mejor les conviene. Yo, dijo Rinconete, sé un poquito de floreo del bilhan. ¿Qué flores, dijo Monipodio, sabeis en el naipe? Sé un poco del reten, y tengo buena vista para el humillo, y del lapiz, y no se me desaparecen las cuatro ni las ocho, respondió Rinconete. Principios son, dijo Monipodio, mas todas esas son flores viejas, que ya no hay sacristan que no las sepa: pero andará el tiempo y veremos las manos que teneis, que no faltará en qué ocuparlas. Y vos, Cortadillo, ¿qué sabeis? Yo señor, res-

pondió Cortado, sé la que dicen, mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faldriquera al mismo diablo. Bueno, ¡vive Cristo! dijo Monipodio. Y en esto del ánimo,



¿cómo les vá á entrambos? ¿Qué es lo del ánimo? respondió Rinconete. Lo del ánimo, replicó Monipodio, si se hallan con disposicion y fuerzas, para si fuese nece-
Ayuntamiento de Madrid

sario sufrir media docena de ansias, y de acometer de noche á una fantasma. Ya sabemos qué son ansias, dijo Cortadillo, y poco mas ó menos, qué es acometer fantasmas de noche: es querer decir, si tendremos ánimo para quitar alguna capa, ó embestir alguna casa. Re-bueno, ¡vive el cielo! dijo Monipodio; y haciendo del ojo á uno de los bravos, se llegó uno de ellos á Rinconete, y cojiéndolo descuidado, le dió un gran bofeton en medio del rostro, y no lo hubo bien dado, cuando echando mano al de cachas, y Cortadillo á su espada media ó terciado, arremetieron al bravo con tal denue-do, que si el otro no se metiera de por medio lo matá-ran: lo cual hicieron con tal presteza y ánimo, mostran-do tanta cólera y orgullo, que todos quedaron admira-dos. Ni todos bastaban á detenellos y apaciguallos, ni bastaran otros tantos, si Monipodio no les dijera: te-neos, hijo Rinconete, que con este bofeton quedais ar-mado caballero, y os habeis ahorrado seis meses de no-viciado; porque con el ánimo que habeis mostrado, os diputo, señalo y consagro á entrambos, para que podais comunicar desde luego con los matasietes y asesinos de nuestra cofradía, que es el primer privilegio, y entrar en lo guisado con todo género de armas.

Y tener vaca en la dehesa, y á los tres meses usar de la ganancia.

Y á los seis meses no pagar medianata, sino solo la tercera parte de los frutos.

Y sentaros á la mesa redonda.

Y desde luego para el trueco *in puribus*: previlègios y gracias no concedidas sino á hombres de pelo en pecho, valerosos y desansitados, corrientes y molientes por todos los sobresaltos y vaivenes de nuestro oficio, porque veais hijos cuánto os ha valido el ánimo que habeis mostrado en esta ocasion, acometiendo al señor Chiquiznaque, que es de los mas valerosos y esforzados de nuestra órden. Como eso sea, yo me allano, respondió Rinconete; pero si fuera por otra guisa, aunque mozo y sin barbas, yo se las quitára al mismo Satanás pelo á pelo en mi venganza y satisfaccion. Vive el dador que eres milagroso, dijo el bravo Chiquiznaque: daca mocito la mano, y tenme de aquí adelante por tu favorecedor, que lo haré, ¡vive Roque! con muchas veras. Y dándole la mano, lo abrazó, haciendo lo mismo todos los de la junta á los nuevos cofrades.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, diciendo: Señor, el alguacil de los vagabundos viene encaminado á esta casa, pero no trae consigo grullada de corchetes como suele. Nadie se alborote, dijo Monipodio, que él es mi amigo, y nunca viene por nuestro daño: sosiéguese, que yo le saldré á hablar. Todos

se sosegaron, que estaban algo alborotados, y Monipodio salió á la puerta, donde ya estaba el alguacil, con quien estuvo hablando un rato, y luego entró Monipodio, y dijo: ¿á quién le cupo hoy la plaza de San Salvador? A mí, dijo el de la guia. ¿Pues cómo no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar, que esta mañana se le tomó en aquel paraje á un sacristan con quince escudos de oro, y dos reales de á dos, y.... cuartos en menudos? Verdad es que hoy faltó esa bolsa en ese lugar; pero yo no la tomé, ni puedo imaginar quién la tomó. No hay levas para conmigo, replicó Monipodio: la bolsa ha de parecer, porque lo pide el alguacil de los vagabundos, que es amigo y nos hace mil placeres al año. Tornó á jurar el mozo, que no sabia de la dicha bolsa; y comenzó á encolerizar Monipodio, de suerte que le salia fuego por los ojos, diciendo: nadie se burle con quebrantar ningun estatuto de nuestra orden, que le costará la vida; maniéstese el hurto, y si se hace la cubierta por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demas de mi casa, porque en todas maneras ha de ser contento el alguacil. Comenzó á maldecir el mozo, y á encolerizarse de nuevo Monipodio, y á escandalizarse todos los de la junta, pareciéndoles mal que cosa alguna se encubriese, siendo tan contra sus estatutos y leyes. Viendo Rinconete



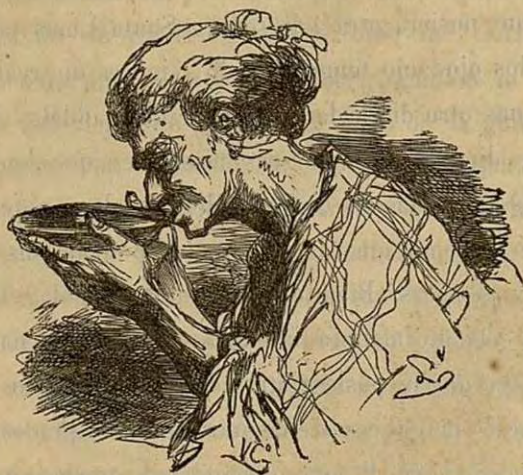
tanta disension y alboroto, parescióle que sería bien sosegalle, y dar contento á su mayor, y aconsejándose con Cortadillo, sacó la bolsa del sacristan, y dijo: cese toda cuestion que esta es la bolsa sin faltarle nada de todo aquello que el alguacil dice: mi compañero Cortadillo le dió alcance con un pañizuelo por añadidura. Y luego Cortadillo sacó el pañizuelo, y lo puso de manifesto. La alegría fué general, como había sido el pesar. Viendo la bolsa y el pañizuelo Monipodio, dijo: con el pañizuelo se puede quedar el buen Cortadillo, la bolsa llevará el alguacil, y quédese á mi cuenta la satisfaccion de esta liberalidad, pues por no estar aun asentado en mi lista Cortadillo, no estaba obligado á esta manifestacion, y por recompensa confirmo de nuevo los privilegios dados, y añadido, que en los dos meses los haré trabajar de mayor contía. Todos se lo agradescieron, diciendo que tenia mucha razon, y que el novicio era merecedor de aquella gracia, concedida á pocos. Salió Monipodio á dar la bolsa al alguacil, y al volverse entraron con él dos mozas de buen parecer, trabajadoras, aunque muy afeitadas, y llenos de color los lábios; y en su desenfado y talle luego conocieron Rinconete y Cortadillo, que eran de la casa llana, como era la verdad; y así como vieron á los bravos Chiquiznaque y su compañero, se fueron á ellos con los brazos abiertos:

el cual compañero se llamaba Maniferro, el cual, por haberle cortado por justicia la mano, se servia de una de hierro, de donde se derivaba su nombre. Ellos las abrazaron con gran regocijo, y las preguntaron, si traian algo con que remojar la canal maestra. ¿Pues habia de faltar? respondió la una, que se llamaba la Gananciosa. No tardará, que no venga Silbatillo con la coladera atestada. Y así fué verdad, porque luego entró un muchacho con una canasta pequeña de colar, cubierta con media sábana. Alegráronse todos con la entrada de Silbato; y luego mandó Monipodio sacar una estera de enea, y tendella en medio del patio, y ordenó que todos se sentasen á la redonda, porque en cortando la cólera se tratase de lo que mas conviniese.

Cuando dijo la vieja que rezó á la imágen: hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un banguido de cabeza tres dias há, que me trae loca de ella, y mas que tengo de ir antes que sea medio dia á cumplir con mis devociones, y poner mis candelillas á nuestra Señora de las Aguas, y al Santo Crucifijo de San Agustin, que no lo dejaré de hacer aunque tronase y ventease; á lo que venia, es á deciros, que á noche llevaron á mi casa los dos hermanos nuestros, el Renegado y el Cientopies, una canasta de colar atestada de ropa blanca, y en Dios y en mi conciencia, que venia con

su cernada y todo, que los pobretes no tuvieron lugar de vacialla; por señas que venian sudando la gota tan gorda con el peso, que era la mayor compasion del mundo. Dijéronme que iban en seguimiento de un labrador, que habia pesado unos carneros, y querian ver si le podian dar un tiento en un zurron de reales que llevaba. No contaron la ropa, fiados en la entereza y rectitud de mi conciencia; y así Dios cumpla mis buenos deseos, y nos libre á todos de poder de justicia, que no he tocado á la canasta, y que se está entera, como su madre la parió. Está bien, señora madre, dijo Monipodio; estése así la canasta, que yo iré á boca de sorna, y haré cala y cata de lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocáre, bien y fielmente como tengo de costumbre. Sea como vos mandardes, hijo, respondió la vieja; y porque se me hace tarde, dadme un traguillo para consolar este estómago, que tan desmayado anda de continuo. Y que tal lo bebereis, madre, dijo la Escalanta, que así se llamaba su compañera de la Gananciosa: y descubriendo la canasta pareció un medio cuero de hasta dos arrobas, cuasi lleno, y un corcho que podia caber un azumbre; y llenándose, se lo pusieron en sus manos pecadoras á la devota vieja, la cual soplando una poquilla de espuma, dijo: mucho echaste, hija mia, pero Dios dará fuerzas para todo. Y poniéndoselo á la boca, de un tiron, sin to-

mar resuello, lo trasegó al estómago. Cuando acabó dijo: de Cazalla es, y aun tiene sus polvillos de jieso el señorito: Dios te consuele, hija, que así me has con-



solado, sino que temo que me ha de hacer mal, por no haberme desayunado. No hará, madre, replicó Monipodio, porque es bueno y trasañejo, á lo que parece. Así espero yo en la Virgen, hijos míos, dijo la vieja. Mirad, niñas, si teneis algun cuarto para comprar las candelicas de mi devocion, que en verdad que se me olvidó la

escarcela en casa, con la prisa que tuve de venir á dar la buenas nuevas de la canasta. Sí tengo, señora Pipota, que así se llamaba la vieja, dijo una de las mozas: tome; vé ahí dos cuartos, uno para sus candelas, y otro para que compre otras dos, y se las ponga á San Miguel, y al señor San Blas, que son mis abogados; quisiera que pusiera otra á la señora Santa Lucía, abogada de los ojos; no tengo trocado, sino es un real sencillo, mas otro dia le daré aun para dos candelas. Trueca hija, dijo la vieja, no seas miserable, que bueno es llevar las personas las candelas delante de sí antes que se mueran, y no aguardar que se las pongan sus herederos y albaceas. Bien dice la señora Pipota, dijo la otra; y echando mano á la bolsa, le dió otro cuarto, y le encargó que le pusiese otras dos candelas á los santos, que le pareciese á ella que eran mas agradecidos. Con lo cual se fué Pipota, diciéndoles: quedaos á Dios, hijos, y encomendadme en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por todos, para que nos conserve sin sobresalto en este peligroso oficio.

Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera con grande regocijo, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles sobre ella, y lo primero que sacó de la canasta fué un grande haz de rábanos, y luego una cazuela llena de coles y tajadas de bacallao frito; luego

sacó medio queso de Flandes, con una olla de aceitunas gordales, y un plato de camarones con seis pimientos, y doce limas verdes, y hasta dos docenas de cangrejos, y cuatro hogazas de gándul blancas y tiernas: todo lo cual se puso de manifiesto. Serian los circunstantes hasta catorce, y ninguno de ellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, sino fué Cortadillo, que no tenia sino su media espada; y tambien lo sacaron los dos viejos de bayeta. Al mozo de la guia tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas apenas habian comenzado, cuando dieron crueles golpes á la puerta, que estaba bien atrancada. Alborotáronse todos, mandóles Monipodio que se sosegasen, y levantándose, entró en la sala y descolgó un broquel, y puesta la mano en su espada, salió á la puerta á ver quien llamaba, y con voz hueca y espantosa, dijo: ¿quien llama ahí? A lo cual respondieron de fuera: yo soy, que no soy nadie, señor Monipodio. ¿Digo quién sois? El Tagarete soy, el centinela, respondió el de fuera, que vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgredñada y llorosa, que parece haberle sucedido algun gran desastre, ó viene á darnos algunas malas nuevas. En esto llegó la dicha sollozando, y sintiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarete que se volviese á su posta, y que de allí adelante, cuando algo

hubiese, avisase con menos sobresalto, porque habia zozobrado la hermandad. Abrió, pues, la puerta, y entró Juliana Cariharta, que era una moza como las de-



mas, del comun oficio; venia desgñada, mesada, llo-rosa, y la cara llena de cardenales, y así como entró en el patio se tendió en él desmayada, é hiriendo de pies y manos, que debia de ser enferma de corazon.

Acudiéronle luego las dos amigas, y desabrochándola el pecho, la hallaron denegrida; echáronle agua en el rostro, y apretándole el dedo del corazon, volvió en sí diciendo á voces:

Justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel sentenciado, sobre aquel ladron, desuella caras, sobre aquel vírgen por la espada, valiente por el pico, ladron bajamanero, pícaro landroso, lacayo vil, que lo he librado mas veces de la horca que pelos tiene en las barbas. Desdichada de mí, que he perdido mi mocedad, y la flor de mi vida por sustentar un tan gran bellaco como este. Sosiégate Juliana, dijo Monipodio, que aquí estoy yo, que te haré justicia; cuéntanos tu agravio, que mas tardarás en decille, que en ser vengada. Dime, si lo has habido con tu respeto, que si quieres venganza de él, no has menester mas que boqueallo. Que respeto, respondió Cariharta, que respeto.... que respetada me vea yo en los infiernos, si mas lo fuere. ¡Con aquel desalmado habia de comer mas pan en manteles, ni yacer en beco con hombre que tal me ha puesto! comida me vea yo de malas adivas (ó harpas) si tal comiere, ni tal yaciere. Mirad, señores, cuál me ha parado aquel ladron del Repulido; aquel que me debe mas á mí que á la madre que lo parió. Y diciendo esto, se descubrió hasta los muslos, que tenia llenos de cardenales y azotes, que

era compasion miralla. ¿Y por qué pensais, señores, que me paró tal? Porque estando jugando, me envió á pedir treinta reales con Culebrilla su trainel, y no le envié mas de veinte y dos, que la noche antes habia ganado con el mayor y mas insufrible trabajo del mundo, porque vino á mí la Correosa, que todos conoceis, y me puso galana á las mil maravillas, y me llevó á dormir con un Breton, que hedia á vino y brea á tiro de arcabuz, que lo que yo padecí con él aquella noche, en descuento de mis pecados vaya; y no há dos dias que con los mismos vestidos me llevó á una casa de posadas á dormir con un perulero, que vino de Indias, haciéndole creer que era una moza recogida y encerrada, y me dió seis reales de á ocho, acabados de sacar de la pieza, que aun no tenian bien enjuto el cuño, que parece que ahora los veo, y luego se los puse en las manos descomulgadas de aquel maligno, que há ocho años que no se confiesa; y esta mañana en pago de tan buenas obras me sacó al campo detrás de la huerta del Rey, donde entre unos olivares me desnudó, y me ha puesto tal cual me veis. Tornó á alzar la voz, y á pedir justicia de Dios de nuevo. Volviéronla á rociar, porque se desmayó segunda vez, y vuelta en sí con grandes ansias y suspiros, la Gananciosa tomó la mano en consolalla, diciendo: que ella diera una de sus mejores sayas que te-

nia, porque le hubiera sucedido lo mismo, porque quiero que sepas hermana Cariharta, si no lo sabes, que no se quiere bien, sino lo que se castiga, y que cuando estos bellacones nos dan, entonces nos adoran: si no dime la verdad por tu vida; ¿después que te hubo dado y castigado no te hizo mil caricias? Cómo mil; cien mil, respondió Cariharta, y diera él un dedo de la mano, porque me fuera con él á su posada, y á fé que casi le ví saltar las lágrimas de sus ojos; y agora caigo en la cuenta, que debía ser de pena de haberme dado. Puedo tener por cierto como el morir, dijo la Gananciosa, y tú verás, si antes que de aquí nos partamos, no viene en tu busca, y te pide perdón de todo lo pasado, y se rinde á tus pies, como un cordero manso. No ha de entrar por esas puertas, vive el dador, el bellaco embezado, si primero no hace una manifiesta penitencia del pecado cometido. ¡Las manos había él de ser osado á poner en las carnes de Cariharta, que puede competir en limpieza y provecho con la Gananciosa que está delante, que no lo puedo mas encarecer! Vive otra vez y revive el dador, que me lo ha de pagar el apenas salido de la cáscara de trainél, replicó Monipodio. ¡Ay! señor Monipodio, dijo á esto la Cariharta; no diga vuestra merced mal de aquel maldito, que con todo eso lo quiero mas que á las telas de mi corazón, y diera por verle en-

trar por aquella puerta dos anillos que tengo, y daré dos reales á Silbato, porque vaya á buscarlo, que me han vuelto el alma al cuerpo las razones que me ha dicho mi amiga la Gananciosa. Digo que no le enviéis á buscar, dijo la Gananciosa, porque no se estienda y ensanche; déjale que tú verás como él viene á buscarte á ti, y arrepentido, como he dicho, antes de mucho; sino, yo haré que le escribas un papel que le amargue. Eso sí, dijo Cariharta, que tengo mil cosas que decirle. Yo seré el secretario, cuando fuere menester, dijo Monipodio, y por ahora acabemos lo que teníamos comenzado, que despues se dará corte á todo. Y luego comenzaron su almuerzo, y á pocas idas y venidas dieron fondo con todo cuanto trajo en la cesta la Gananciosa, y dejaron el cuero en cueros, diciéndose á cada paso mil requiebros á su usanza, con ciertos vocablos, que movieran á risa á las piedras. Los viejos de la bayeta bebieron sine fine, y en acabando, se levantaron pidiendo licencia á Monipodio para ir á dar una vuelta por la ciudad; la cual se les concedió luego, encargándoles viniesen á dar noticia de todo en lo que sintiesen podria venir provecho á la comunidad. Así como se hubieron ido, preguntó Rinconete, pidiendo primero perdon y licencia para ello, que le dijesen, de qué servian dos personas tan autorizadas á la comunidad que decian. A lo cual res-

pondi
maba
dad,
y en
de la
recau
casas
hacer
trada
era la
en su
indus
tad
y que
muy
cien
vocio
misa
merc
dad
á la
plir
que
les
com

pondió Monipodio, que aquellos en su germania se llamaban Abispones, y que servian de andar toda la ciudad, mirando en qué casa se podia dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la contratacion, ó de la de la moneda, y ver donde los llevaban, y á qué recaudo los ponian; en tantear las paredes de las dichas casas, y ver donde tenian mas flaqueza y delgadez para hacer allí los guzpataros y agujeros, para facilitar la entrada y asalto de lo mal puesto. En efecto dijo, que era la gente de mas provecho é importancia que habia en su hermandad, y que de todo cuanto por su aviso é industria se hurtaba llevaban el cuarto, como su majestad de los tesoros y minas que se descubrian el quinto, y que con todo eso eran hombres muy honrados, y de muy buena vida y fama, temerosos de Dios, de sus conciencias, porque cada dia oian su misa con mucha devocion, y que habia hombre de ellos que oía dos y tres misas, sin salir de la iglesia, aunque era verdad que primero que entrase en ella habia dado dos vueltas á la ciudad, y cuatro vistas á la casa de la contratacion, y tres á la de la moneda, y otras tantas á la aduana, por cumplir con su oficio; y en verdad que son tan comedidos que muchas veces se contentan con menos de lo que les viene de derechos; de estos tenemos seis en nuestra compañía, sino que los dos son palanquines, los cuales

nos dan grandísimo provecho, porque cada día mudan de una casa á otra las alhajas, y saben dónde y cómo las ponen, soplan con grande facilidad y certeza. Todo me parece bien, y todo es menester, dijo Rinconete, y rue-



go á nuestro Señor, que me traiga á tiempo que pueda yo servir en algo á tan santa comunidad. Siempre favorece su divina Majestad los buenos deseos, replicó Monipodio; y estando en esta plática, llamaron á la puerta,

y salió Monipodio á ver quién era; y preguntándolo, respondieron de afuera; abra voacé señor padre, que Repulido soy. Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo: no le abra señor Monipodio á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña. No dejó por eso de abrir la puerta Monipodio á Repulido, y luego como Cariharta sintió que entraba, se levantó con gran furia, y se fué á encerrar en la sala, y desde dentro dijo á grandes voces: quítenmelo de delante, quítenmelo de delante á ese jesto de por demas, á ese ojos de carro de Corpus Christi, á ese matador carnicero de los inocentes, verdugo de palomas duendas, sotalizador de ovejuélas mansas.

Maniferro y Chiquiznaque detenian al Repulido que en todas maneras quería entrar donde Cariharta estaba; pero como no lo dejaron, decia desde afuera: no haya mas, enojada mia, voacé se sosiegue, así se vea casada, y en el tálamo. ¿Casada yo? malino, replicó la Cariharta, y aun quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo fuera con una anatomía de muerte, ó con un arriero que nunca pára en casa. Acábese el enojo, baba de mi alma, dijo el Repulido, que vive Dios si tanto me haces, que se me vuelva á subir la mostaza al calvatuerno, y que de nuevo lo eche todo á doce. Humíllese su reverencia, y humillémonos todos, y no demos de comer al diablo. De comer le daría yo y aun

de cenar si él te llevase, saco de embustes, dijo Cariharta. No haya mas, señora Trinquete, respondió Repulido, temple su ira y haga lo que yo la digo, sino quiere que ponga por obra lo que prometo. A lo cual dijo Monipodio: en mi presencia no han de hacerse demasías; por amor mio saldrá la Cariharta y todo se hará muy bien, que las riñas entre quien bien se quiere, son causa de mayor gusto, cuando se hacen las amistades. Juliana Cariharta, niña, amiga mia, sal acá fuera, que yo haré que Repulido te pida perdon hincado de rodillas. Como eso él haga, dijo la Escalanta, todas sere-mos en su favor. Si vá por via de rendimiento, dijo Repulido, no me rendirá un ejército; si es por via que Juliana gusta, no digo yo solamente hincarme de rodillas, pero hincarme en su servicio un clavo en la frente. Rieronse á esto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó Repulido, en tanta manera, creyendo hacian burla de él, que puesta mano á su espada, sin sacarla de la vaina dijo: cualquiera que se riere ó se pensare reir de lo que Cariharta contra mí ha dicho ó yo dijere ó he dicho, digo que miente y que mentirá todas las veces que lo pensáre. Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal talante, que juzgó Monipodio todo pararia en mal sino lo remediaba; y poniéndose por en medio dijo: caballeros, no pase mas adelante, cesen palabras mayores,

pues la
die las
quiza
mejor
que s
bria l
Manif
tañer
lido;
y qui
espac
y dic
acecl
lió: t
yas;
relo
mis
la c
Man
dos
gar
ami
hac
los
qui

pues las que se han dicho no llegan á la cintura, y nadie las tome por sí, y baste. Seguros estamos, dijo Chiquiznaque, que no se dijeron, dirán, ni han dicho semejantes monitortes por nosotros, que si se imaginaba que se decían, en manos estaba el pandero que lo sabría bien tañer. Aquí no hay ningún pandero replicó Maniferro; y si lo hubiera, se tocará de suerte que se tañeran bien los cascabeles. A lo cual respondió Repulido; ya he dicho que el que se huelga, miente y basta, y quien otra cosa dijere sígame, que con un palmo de espada menos hará el hombre que sea lo dicho dicho: y diciendo esto se iba á salir por la puerta. Estábalo acechando Cariharta, y viéndolo que se iba enojado, salió: ténganlo, ténganlo, no se vaya que hará de las suyas; ¿no ven que vá enojado, y que es un Judas Macarelo en valentías? vuelve acá valenton del mundo y de mis ojos. Y arremetiendo con él, lo asió fuertemente de la capa, acudió Monipodio y túvolo. Chiquiznaque y Maniferro ni sabían si enojarse ó no, y estábanse quedos á ver lo que Repulido hacía: el cual, viéndose rogar de Cariharta y el padre, volvió diciendo: nunca los amigos de los amigos han de hacer enojo de los amigos, ni hacer burla de los amigos, y mas cuando ven que se enojan los amigos. No hay aquí amigo, respondió Maniferro que quiera enojar á otro amigo; y pues todos somos amigos,

dénse las manos los amigos, y todos vuesacedes han hablado como buenos amigos. Y dándose las manos los tres, Repulido abrazó á Cariharta, y al punto la Escalanta quitándose un chapin, lo tomó en las manos, y comenzó á tañer en él como en un adufe, y la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, con la cual comenzó á hacer un son, rascándola con las manos; y viendo esto Monipodio quebró un plato, é hizo dos tejoletas, y puestas entre los dedos, llevaba el comtrapunto al chapin y la escoba. Estaban admirados Rinconete y Cortadillo de la nueva música, y conociendo su admiracion Maniferro, les dijo: ¿admiranse de la nueva música? Bien hacen, que mayor melodía no la pudo causar Gorfeo, cuando sacó á Arauz del infierno. Pues escuchemos las letrillas, que me parece que ha escombrado la Gananciosa, aunque primero comenzó la Escalanta; la cual con sutil y quebradiza voz dijo:

Por un sevillano, rufo á lo valon,
tengo socavado todo el corazon.

Siguióla luego la Gananciosa con un falsete en tercera:

Por un morenico de color verde,
¿cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen los amantes, hácese la paz,
si el enojo es grande, es el gusto mas.

No quiso la Cariharta pasar en silencio el que le causaban las nuevas amistades con su galan Repulido, y tomando otro chapin se metió en el corro y acompañó á los de la música, diciendo en alta voz:

Detente enojado, no me azotes mas,
que si bien lo miras á tus carnes das.

Cántese á lo llano dijo Repulido, y no se toque historia que no hay para qué. Lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, sino llamáran á la puerta aprisa muy aprisa. Salió Monipodio y díjole la centinela, como al cabo de la calle quedaba el Alcalde de la Justicia, y que venian delante de él el Tordillo y el Cernícalo, corchetes. Oyéronlo de dentro, y alborotáronse todos. Dejó las tejoletas Monipodio, calzóse su chapin la Escalanta, arrojó la escoba la Gananciosa, enmudecióse la Cariharta, y púsose perpetuo silencio á la música; y todos cual por una parte, cual por otra, se desaparecieron subiéndose á las azoteas, y pasándose por ellas á otras casas, que no espantó respuesta de arcabuz bandada de simples palomas, como la voz de la justicia á toda esta santa congregacion. Los novicios pues, Rin-

conete y Cortadillo, no sabian qué hacerse; estuvieron quedos á ver en que paraba aquella borrasca, que no paró en mas que en volver la centinela á decir, que el Alcalde se habia pasado de largo sin dar otra muestra alguna; y estando diciendo esto, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido de barrio, y Monipodio lo metió consigo en el patio, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Repulido y á Maniferro, y que los demas no bajasen; y como se estaban allí los novicios, oyeron la plática que pasó con el caballero; el cual dijo á Monipodio que ¿por qué se habia hecho tan mal lo que le habian encomendado? Monipodio respondió, que no sabia lo que se habia hecho pero que allí estaba el oficial á quien se le habia encargado que él daria cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque y preguntóle Monipodio, si habia cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce. ¿Cuál? dijo Chiquiznaque ¿la de aquel mercader de la encrucijada? Esa es respondió el caballero. Pues lo que pasa en eso es, dijo Chiquiznaque, que yo le aguardé anoche á la puerta de su casa, y él vino antes de la hora un poco, y lleguéme á él, y tanteéle, y marquéle el rostro con la vista, y ví que le tenia tan pequeño, que era imposible cabelle una cuchillada de á catorce puntos; y hallándome imposibilitado de hacer lo prometido, y cumplir lo

que llev
me dic
dijo el
quiznac
del rost
haber i
dicho
mática
por m
que se
catorce
era ra
treinta
tras n
volvió
dole
voacé
hemo
y mu
salir
¿Pue
palal
llada
la en
aqu

que llevaba en la destruicion que el señor Monipodio me dió..... Instruccion, querrá decir vuestra merced, dijo el caballero. Esa debo de querer decir, dijo Chiquiznaque: digo que viendo la pequeñez y estrechura del rostro del mercader, y hallándome atajado, por no haber ido en valde, le di una cuchillada á un lacayo del dicho mercader, que yo aseguro, que si hubiera pragmática en las cuchilladas, que hubiera de ser penada por mayor de marca. Mas quisiera, dijo el caballero, que se le diera una al amo de siete, que al criado de catorce. En efecto, conmigo no se ha cumplido como era razon; pero no importa; poca mella me harán los treinta escudos que he dado; beso las manos á vuestras mercedes. Y diciendo esto se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio, trabándole del ferreruero de chamelote nevado que traia, dijo: voacé se detenga, y cumpla su palabra, que nosotros hemos cumplido nuestra obligacion con mucha honra, y mucha ventaja. Veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prenda que los valgan. ¿Pues á esto llaman vuestras mercedes cumplimiento de palabra y obligacion? dijo el caballero; ¿dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo? Bien está en la cuenta voacé, replicó Monipodio. ¿No ha oido decir aquel refran, que quien mal quiere á Beltran mal quie-

re á su can? Beltran es el mercader, á quien voacé quiere mal, y el lacayo es el can, y dándose al can se dá á Beltran, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecucion: por eso no hay mas que pagar luego sin apercibimiento de remate. Eso pido, dijo Chiquiznaque, porque en verdad, que la herida es tal que la pueden ir á ver por maravilla. Voacé señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores, sino tome mi consejo, y pague luego lo trabajado, y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad de puntos que puede llevar su cara, que á mi parecer serán diez puntos, haga cuenta que ya se la estan curando. Como eso sea así, de buena gana pagaré yo la una y la otra, dijo el caballero. No dude voacé mas en eso, que en ser cristiano. A lo cual dijo Monipodio: Chiquiznaque se la dará pintiparada, y de tal suerte que parezca que allí se le nació. Pues con esa seguridad y promesa, dijo el caballero recibase esta cadenilla en prendas de los veinte ducados, que quedan por pagar, y de otros cuarenta que ofrezco por la segunda. Y diciendo esto se quitó una cadenilla de menudos eslabones de oro, y se la entregó á Monipodio, el cual la tomó con mucha cortesía y comedimiento, como hombre que era en estremo bien criado. Fuese el caballero, y luego llamó Monipodio á todos los ausentes por miedo de la justi-

cia; bajaron todos, y puesto en medio de ellos, sacó un libro de memoria que traia en la capilla de la ca-



pa, y dióselo á Rinconete que leyera, porque él no sabia. Abrióle Rinconete y vido en la primera foja las partidas siguientes.

Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana.

Primeramente: una cuchillada por el rostro al mercader de la encrucijada, de á catorce. Vale cincuenta ducados. Estan recibidos treinta á buena cuenta; débense veinte. Ejecutor Chiquiznaque. DL.

No creo hay otra herida en esta foja; pasad á otra. Volvió la hoja Rinconete, y leyó en la contraria de la pasada.

Memoria de los palos que se han de dar esta semana.

Primeramente: se le han de dar al Bodegonero de la Alfalfa doce palos de mayor cuantia; á ducado cada uno. Estan dados á buena cuenta ocho ducados; débense cuatro. El término es seis dias. Ejecutor Maniferro. CXXXII.

Bien se podrá borrar mañana esa partida, dijo Maniferro; porque esta noche traeré finiquito de ella. ¿Hay mas? dijo Monipodio. Otra hay, respondió Rinconete, que dice así:

Item: Al Sastre que por mal nombre llaman el Silguero, se le han de dar seis palos de mayor cuantía, á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Estan

concertados en cien reales, dentro del término de ocho dias. Ejecutor el Desmochado. C.

Maravillado estoy, dijo Monipodio, como esa partida está todavía en ser. Sin ninguna duda que el Desmochado debe estar indispuerto, pues son pasados del término diez dias y no se ha dado puntada en esta obra. Yo le topé ayer, dijo Manferro, y me dijo que estaba malo el sastre, por lo cual no habia cumplido con su obligacion y débito. Esto debe ser sin duda porque tengo yo, dijo Monipodio, por tan buen oficial al Desmochado, que sino fuera por ese intervalo, ya hubiera dado al traste con el sastre, y con todo el oficio de ellos. ¿Hay mas en esa foja, mocito? Respondió Rinconete, no señor: pues pasad adelante. Hízolo así Rinconete; y pasando la foja halló otra donde decia:

Memoria de agravios comunes: conviene á saber: redomazos, unciones de miera, clavazon de sanbenitos, colgamento de cuernos, matracas, ladrillejos, espantos, alborotos fingidos, publicacion de libelos, y divulgacion de sátiras.

¿Qué dice mas abajo? replicó Monipodio. Dice señor, leyó Rinconete así:

Primeramente se debe dar una uncion de miera en casa de.... No se lea la casa que ya yo sé donde es, dijo Monipodio, y tengo de ser el ejecutor y estan dados á buena cuenta cuatro ducados. El término es cinco

días, y el principal son ocho. LXXXVIII.

Así es verdad, dijo Rinconete que todo eso está aquí escrito al pié de la letra, y mas abajo dice así:

Item: *Se debe poner una colgadura de cuernos.....*
Tampoco se lea á quien ni adonde, que basta que se le haga el agravio sin decirlo en público, que es gran cargo de conciencia: á lo menos yo mas queria colgar cien cuernos, y clavar otros tantos sanbenitos, como se me pague bien, que decirlo una vez, aunque fuese á la madre que me parió. Proseguid con la señal y el ejecutor. *Está concertada esta partida en doscientos reales. Están dados doce ducados. El término es dentro de ocho dias. El ejecutor Narigueta.* CC.

Bien está: ya esto está hecho y pagado, dijo Monipodio. ¿Hay otra cosa? porque si no me acuerdo mal, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos. Así es, dijo Rinconete.

Item: *Se debe hacer un espanto al barbero valiente de la Cruz de la Parra. El precio es veinte ducados. El término es todo este presente mes de agosto. El ejecutor la comunidad.* CCXX.

Cumplirase al pié de la letra, sin que falte un punto, dijo Monipodio; y confieso haber recibido la mitad de esa partida para en cuenta, y será una cosa de mas gracia y provecho, que hayan caido en nuestro Almoja-

rifadgo. Mostradme el libro de caja, mocito, que yo sé que no hay mas, y sé tambien que anda muy flaco el



oficio; pero trás estos tiempos vienen otros, y no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Lo que resta ahora hacer, es que todos se vayan á sus puestos hasta el domingo que nos juntemos en este mismo lu-

gar, donde se repartirá cuanto hubiere caído, sin agraviar á nadie. Rinconete se acomodará de aquí al domingo desde la torre del Oro, por defuera de las murallas, hasta el postigo del carbon, señalándole por términos circunvecinos lo que dice por línea recta desde San Telmo hasta San Sebastian, y San Bernardo; el cual distrito os enseñará aquí Ganchoso, porque es razon y justicia, que nadie entre en pertenencia de nadie. Allí podreis usar de vuestras flores con gente, que por allí anda jugando á todos juegos, que en verdad que me acuerdo yo haber repartido en esta posta á un muchacho de Antequera natural, que era un águila en el oficio, porque no habia día que no salia (limpios de alcabala) con mas de veinte reales en menudos, aliende de alguna plata que se le juntaba, y algunas prendas. Cortadillo en este mismo tiempo ande en compañía de Ganchoso, que tiene el distrito de San Salvador y Carnecerías, que á solos pañuelos, aunque otra cosa no haya, se puede ganar bien la vida. Besáronle las manos los dos, por la que les hacia, y ofreciéndole hacer su oficio con toda fidelidad y diligencia, luego sacó Monípodio un papel de la capilla de la capa, doblado á lo largo, donde estaba la lista de los hermanos, y mandó á Rinconete que escribiese allí su nombre, y el de Cortadillo; mas porque no habia tinta ni pluma en toda la casa, no surtió efec-

to. Mandóse se llevase el papel al primer boticario, y escribieron sus nombres en esta guisa.

Rinconete y Cortadillo cofrades: entraron á serlo en 12 de agosto de este presente año. Son hermanos menores. Noviciado tres meses. Rinconete floreo. Cortadillo bajon.

Volvieron el papel á su padre mayor; y dándosele, volvió á venir uno de los dos viejos, que se hallaron en el almuerzo, los cuales se llaman Abispones, y dijo: vuelvo á decir á vuestra merced como encontré ahora en gradas á Lobillo el de Málaga, y me dijo que viene mejorado de suerte, en tal manera, que con naípe lindo y limpio, y acabado de comprar de la estampa, quitaria los dineros de delante al mismo diablo; sino que venia algo maltratadillo, y habia menester rehacerse hasta ponerse en punto de poder entrar á jugar en casas principales, porque su nueva flor era tal, que á vista de todo el género humano se ejecutaba; y que otro dia estuviese como estuviese, vendria á dar la obediencia á la Comunidad. Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo habia de ser único en su arte, porque tiene las mejores y mas acomodadas manos para ello que se pueden desear.

Tambien topé, dijo el viejo, en una casa de posadas de la calle de Tintores al Cojuelo, en hábito de clérigo reverendo, que se habia ido á posar allí á posta, diciendo

ser forastero; porque sabe que en ella posan siempre huéspedes ricos, y que se juega mucho dinero; dice tambien que el domingo no faltará de la junta, y dará cuenta de su persona. Tambien ese es gran sacre, dijo Monipodio, y tiene grandísima labia, y sabe mucho de la uña con gran conocimiento. Dias há que no lo he visto; y no hace bien, pues á fé que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que el ladron no tiene mas órdenes que el turco, ni sabe mas latin que el maluco. ¿Hay mas de nuevo? Sí hay, dijo el viejo; que ahora entraron por la puerta de Carmona cuatro casas movedizas en cuatro carros bien cargados, y pararon en la plaza del Marqués de Tarifa, que no les dieron licencia para pasar adelante: desde donde las andan llevando con palanquines, y con dos carros largos á la casa que llaman la Pila del Tesorero; y sería bien que antes que todo aquel menaje se pusiese en su centro, acudiese allí uno de los nuestros. ¿Pues no andan allá los dos palanquines Harpon y Repollo, nuestros paniaguados? dijo Monipodio. Si andarán, dijo el viejo, porque ya yo les dí el cañuto. Pues eso basta; dijo Monipodio, que si ellos vieren que es necesario socorro, ellos avisarán; y pues por ahora no hay mas que despachar, vean voacedes, cuál tiene necesidad de alguna ayuda de costa, que yo se la daré á buena cuenta. Algunos le pidieron dineros, y él repartió hasta veinte reales entre ellos. Juntáron-

se la Cariharta con Repulido, y la Escalanta con Mani-ferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, despues que hubiesen alzado de obra en la casa, se viesen en la de Pipota, donde se harian las tornabodas por el contento de las paces: Monipodio dijo no se podia hallar en el *gaudemus*, porque habia de ir á concluir con la partida de la uncion de la miera. Con lo cual se fueron todos, y Rinconete y Cortadillo abrazaron á Monipodio, y él á ellos estrechamente, y echándoles su bendicion, los previno con los siguientes consejos:

Que no tuviesen jamás posada cierta.

Que no durmiesen en una misma mas que dos noches.

Que no dijesen quiénes eran sus amigos y consejeros.

Que guardasen el secreto de la Comunidad.

Porque así convenia á la salud y conservacion de todos: y acompañándolos Ganchoso hasta la plaza de San Salvador, los dejó, encargándoles que no faltasen el domingo de acudir á la leccion y al repartimiento.

Quedaron los dos compañeros admirados y atónitos de lo que habian visto y oido. Era Rinconete, aunque muchacho, de buen entendimiento y natural: como habia andado con su padre á echar las bulas, sabia algo del buen lenguaje, y de propiedad de palabras, y dábale gran risa pensar en los vocablos que les habia oido de-

cir, así á Monipodio, como á los demas de la bendita compañía, y mas cuando dijo, por decir *per modum sufragii, por via de naufragio*, y que sacaban el *estupendio*, por decir *estipendio de lo que se garveaba*, con otras mil graciosas impertinencias á este modo; como cuando dijo Cariharta, que era Repulido un *Marinero de Tarpeya*, por decir *Mira Nero de Tarpeya*, y un *Tigre de Ocaña*, por decir *de Hircania*, mas sobre todo lo que mas le admiraba era la seguridad de conciencia en que vivian, y la confianza de irse al cielo obrando tales obras, por guardar sus devociones, estando llenos de hurtos, homicidios, infamias, agravios, etc. y la otra vieja maligna Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada y encubierta y se iba á poner las candelitas de cera al Crucifijo, con lo cual se pensaba ir vestida y calzada al cielo. Admirábase tambien de la obediencia que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre tan rústico y desalmado: sacábalo de su juicio lo que en el libro de caja habia leído, y los ejercicios en que todos se ocupaban, y sobre exajeraba cuán poca ó ninguna justicia habia en aquella ciudad, pues públicamente vivia en ella, y se conservaba gente de tan contrario trato á la naturaleza humana; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida, peligrosa y disoluta: mas con todo, llevado de su poca experiencia y

años, y del vicio y ocio de la edad y tierra, quiso pasar mas adelante, por ver si descubria en aquel trato otra cosa de mas gusto de lo que imaginaba; y así pasó en él los tres meses del noviciado, en los cuales le pasaron cosas que piden mas larga historia: y así se contará en otra parte la vida, muerte y milagros de ambos, con la de su maestro Monipodio, con otros sucesos de la infame Junta y Academia, que todas son cosas dignas de consideracion, y que pueden servir de ejemplo y aviso á los que las leyeren, para huir y abominar una vida tan detestable, y que tanto se usa en una ciudad, que habia de ser espejo de verdad y de justicia en todo el mundo, como lo es de grandeza.



LA SEMANA PINTORESCA.

COLECCION DE NOVELAS ESPAÑOLAS Y ESTRANJERAS.

LA DAMA DE MONSOREAU.

Se ha concluido el primer tomo y se halla de venta en Madrid á 17 rs. para los suscritores de la *Semana*, y 24 en provincias.

Los que solo tomen esta obra pagarán por cada tomo en Madrid 20 rs. y 30 en provincias.

La obra completa compuesta de dos tomos se venderá en Madrid á 40 rs. y 60 en provincias.

NOTA. Los suscritores constantes á toda la coleccion de la *Semana Pintoresca* tendrán opcion á un regalo al fin de cada año.

EN PRENSA.

PAQUILLO ALIAGA, POR E. SCRIBE.

EL HIJO DEL DIABLO, POR P. FEVAL.

MEMORIAS DE UN MEDICO, POR A. DUMAS.

MARTIN EL ESPOSITO, O MEMORIAS DE UN AYUDA
DE CAMARA, POR E. SUE.

LOS SIETE PECADOS CAPITALES, POR EL MISMO.

Y OTRAS VARIAS ORIGINALES.